



על עמוד
דף עמ
דף עמ

EL UZEDD DARTE DE DDEETTUZA

JULIÁN MATTA

Es un lugar común sancionar el abuso de los adjetivos. Al idioma español, dicen, no le van bien antes de los sustantivos, y concatenar más de dos puede volver confusas las ideas que se intentan transmitir. Sin embargo, hubo una época en la que, para hablar sobre pintura, la precisión lingüística buscaba capturar la sensación que las imágenes evocaban en aquellos que las miraban. Después de todo, los adjetivos son palabras que califican, valoran, relacionan o determinan.

Pero asir la pintura ha demostrado ser un esfuerzo vano. Al menos desde las palabras. Las imágenes no son bestias a domar por la prescripción gramatical. Y los sentidos terminan por escabullirse de las restricciones que intentan imponer las categorías adjetivales.

Por fortuna, si nos ensuciamos y hurgamos entre las raíces de las palabras, encontraremos otros significados. En su origen, la palabra adjetivo se asociaba tanto a la proximidad como al gesto de lanzar algo cerca de otra cosa para que se juntara o se adhiriera a ella. Una especie de rémora o parásito. ¿Ahora quién es la bestia?

Bestias, mutantes, masas amorfas, patos que hablan con sus sombras: en las pinturas de Julián Matta, los adjetivos se lanzan hacia campos de color y claroscuros para rebotar entre sí y generar vínculos viscosos y adherentes que se esparcen sobre toda la superficie de sentido. De sus adyacencias y dinamismos emerge un mundo ficcional en el que confluyen guiños y gestos de la historieta, los dibujos animados del período de entreguerras, la cultura popular y fascinaciones y obsesiones tanto personales como compartidas.

En su composición y montaje, las pinturas se enuncian como imaginarios íntimos y afectivos, en los que la complejidad de las emociones se resuelve en formas violentas, veloces e irreductiblemente tiernas. El cuerpo de las imágenes, a base de pinturas de látex y en aerosol de dos colores, demandó mucho del cuerpo de quien las pintó: las manos de Julián se resquebrajaron y su ritmo para pintar tuvo que plegarse a los tiempos de secado casi inmediatos de los materiales. Y en esa misma negociación, acordaron elaborar ideas en lo pictórico, y la pintura, en las ideas. A esto, hay que sumar los sentimientos. No por nada los adjetivos son las palabras con las que se suele hablar de los sentimientos porque, al igual que la pintura, tampoco se les puede aprisionar.

En esta relación, la pintura y el pintor intercambian a destajo el lugar del adjetivo. Andan a tientas, desde la incertidumbre. Saben que no basta la mirada para acercarse a estas imágenes y acompañarlas en sus tránsitos. Frente a los cuerpos pictóricos se posicionan los nuestros. Se inclinan, se balancean, penden, se sujetan. Intentamos seguirles el paso, apelamos a la intuición, confiamos. Con suerte, espero que nosotros también podamos volver a los orígenes y, en su cercanía, nos convirtamos en bestias.

Tania Puente, Marzo 2023

